

## **POR ESTA PRIMERA DE CAMBIO...**

A las ciudades les sientan bien las estatuas, los monumentos. Antes, a la altura de los pedestales ascendían casi únicamente los personajes de la gran Historia, más el premio de consolación de algunas placitas para las glorias locales, a menudo personajes con barba. Luego hemos visto que la estatuaria urbana -que igual puede ser campestre y paisajística- dejaba de interesarse por el héroe Fulano de Tal y se hacía social para enaltecer al pastor, al minero, al maestro nacional, al pescador de boquerones. También a los conceptos y a las cosas. Por ahí anda una especie de obelisco al clima. Y un homenaje a la letra de cambio, que adonde íbamos,

Menudo concepto, menuda cosa esta de la letra de cambio, exaltada en piedra sobre el mismísimo cogollo de Medina del Campo, capital de ferias y feriantes. Y qué tentación para el curioso escritor que en esta ágora reposa de sus andaduras, rastrear con el pensamiento los caminos seguidos por el casi mágico expediente desde su invención hasta hoy; de sus primitivos fines a la familiaridad tocante en irreverencia con que cualquiera habla ahora de veinte letras mensuales, de devoluciones y protestos, y de «que vuelvan a girar».

El tema está sobre el tapete. Resulta que vamos como la seda, la vida es fácil y sonriente, los hogares cada vez más cómodos, las mujeres cada día embellecidas y con las manos mejor cuidadas, los niños más altos y más rubios, los automóviles se anuncian menos aburridos... y de pronto viene la Estadística, que es una ciencia con vocación de aguafiestas. La Estadística anda sacando estos días algunas cuentas -que no son cuentos-. Y hay técnicos que saben leer en el trajín de letras que van -y mucho más, ¡ay!, en las que vuelven- como el médico en un termómetro clínico. Cualquier médico -por seguir la imagen- sabe de pastillitas que bajan la fiebre, pero que lo importante es atacar la causa. En alguna parte he oído que producimos como 10, cobramos como 20 y gastamos como 30. Quizá no sea tan grave. Pero, con que sea la mitad...

De todos modos, no era de Economía propiamente el tema de estas reflexiones. Si acaso, de Sociología. Porque se está oyendo a cada paso que la gente ha perdido el pudor en lo que se refiere a pagar, que ya son demasiados los ciudadanos que no saben hacer honor a su firma. Lo cual, además de conspirar contra ese monumento de la civilización -y ahora no pienso en el monumento visible- que es la letra de cambio,

degrada la calificación de nuestra sociedad en lo ético.

Volvamos la mirada a un pasado no muy remoto. Es cierto, sí, que a veces se encontraba algún problema familiar de dinero, incluso una deuda de juego, y había que recurrir a esos dramáticos papeles que quedaban suspendidos como espadas de Damocles hasta el día del vencimiento. Tentadoras situaciones para novelistas y autores teatrales. Pues detrás de un pagaré puede haber muy bien un suicidio, y mejor aún la sacrificada entrega de una huérfana bellísima. Pero fuera de estos casos excepcionales, las letras se quedaban en instrumento propio del tráfico mercantil, pariente próximo de albaranes, facturas y talones del ferrocarril. Había menos comerciantes al menudeo, quienes contaban con menos almacenistas donde comprar, y estos tenían menos fábricas suministradoras. El devolver letras porque sí -vicio que más o menos existió siempre-, comportaba el grave riesgo de perder el crédito, y sin el crédito de los proveedores no había supervivencia. Siempre hubo devolvedores por pereza -a algunos comerciantes les presentaban las letras en el casino-, y otros que, simplemente, tenían esa manía. Pero aun así podía deducirse un soterrado respeto hacia las sibilinas fórmulas de "por esta primera de cambio, no habiéndolo hecho por la segunda ni tercera...»; Recuerdo una de esas mínimas abacerías de aldea, con su folklore de estanterías mixtas donde también reside el archivo del negocio: un mazo de facturas y letras pinchadas en un clavo sobre el listón. El patrón, con sorna, confesaba no llevar contabilidad alguna: «Mire usted, si unos señores me giran una letra, la devuelvo. Si me la vuelven a girar, la pago, porque cuando insisten será porque están seguros. Digo yo... Me pareció una manera, aunque chusca y cazurra, de creer en las letras.

¿Y ahora? El comercio sigue, naturalmente, valiéndose de la letra de cambio. Algunas modificaciones son evidentes en el panorama de los negocios. Por ejemplo: Muchos abren con temeridad las puertas de un establecimiento donde el sentido común, y no digamos los cálculos, exige un capital de 50 y sólo se cuenta con 5 -y a lo peor prestado-. Las vocaciones son menos estables y quien hoy es electricista en Almendralejo, se larga de la noche a la mañana a fabricar portalámparas en Stuttgart. Luego el censo de negociantes ha crecido desmesuradamente, lo cual puede hacer un río revuelto con ganancia para pescadores desaprensivos. (Por no hablar de lo que es simple delito penal: el timo del «nazareno», consistente en abrir tiendas que ya están cerradas cuando empiezan a llegar las primeras letras.) Estos comportamientos, desde los simplemente imprudentes hasta los maliciosos y punibles, contribuyen a que suba como una flecha la gráfica de las devoluciones de letras. Lo cual es perjudicar a esa mayoría del comercio honesto y responsable, la de quienes han tomado sus medidas y respetan la letra de cambio. Incluso si tienen que devolverla. Es la diferencia entre la excepción y la regla, lo predecible y el imprevisto.

Otra cosa es la popularización actual de la letra, la arriesgadísima ocurrencia de sacarla de su mundo propio para convertirla en manejo cotidiano de todo el mundo. Cuando a un negociante ingenioso le acudió la idea de teledirigir el rumbo del dinero por medio de un papel, cobrando y pagando a distancia en el espacio y en el tiempo, estaba inventando también la deseada piedra filosofal: crear bienes concretos al sólo precio de una promesa, que es valor por demás abstracto. Excesivo señuelo para el aguante del hombre, esa criatura débil, alguna vez malintencionada y codiciosa, pero muchas más veces necesitada. La letra fue, desde su aparición, una bomba peligrosa. Lo que pasa es que en manos de un verdadero comerciante, del que asienta su futuro en el buen cumplimiento del presente, recuerda la relativa seguridad del artefacto manejado por un experto artillero. El peligro es cuando las cosas peligrosas se despachan sin receta. Esto es lo que compromete el prestigio de la letra de cambio y conspira contra su merecido monumento. Francamente: Teniendo en cuenta la insistencia con que a los particulares se nos incita adquirir esto y lo otro sin más dificultad que echar una firmita considerando la debilidad de la naturaleza humana; atendiendo a que muchas veces se incumple lo prometido y no pasa gran cosa...; no sabe uno si decir por las letras que se devuelven: «¡Qué vergüenza!», o si felicitarse: «¡Qué buena es la gente!», por las que se pagan.

**Antonio PEREIRA**